

1000004

Visitas postales descoloridas

# Jorge ANKERMAN

por FEDERICO VILLOCH

**H**ABLAR, teatralmente, de Jorge Ankerman, ilustre y popular compositor cubano que acaba de fallecer, es como hablar de nosotros mismos, de tan íntima manera, en nuestro aporte artístico al género vernáculo, nos entendíamos y completábamos. Desde 1896, aún no cumplidos los veinte años, en que debutó como autor teatral con nuestra obra el sainete «Las Ligas de la Rosario»—cuyo libreto le leímos por primera vez una noche, en aquella rústica contaduría de la antigua Alhambra, conocida por «la barraca»—hasta la última, sobre el año 1934, también nuestra, «La Bandera Cubana», estrenada en el propio teatro, colaboramos siempre con buen éxito, de su parte al menos, en más de trescientas obras: era nuestro hermano de arte; cuarenta años de amistad y de labor artística ininterrumpida, salvo una breve temporada ausente en México. El público cubano recordará siempre, deleitándose, el dúo de «La Casita Criolla»; la clave de «La Danza de los Millones»; el concertante—«coco, pía, platanito»—de «Papaito»; el dúo de «El Rico Hacendado», en el baile de carnaval de la Gran Opera de París; el concertante de «La Señorita Maupin»; la preciosa habanera del quitrín de «Los Grandes de Cuba»;—«Por el Prado y la Alameda, con su carga de belleza, el quitrín alegre va»—que se canta todos los días en radios y veladas: como se dijo del cerebro de Emilio Zola, que latía siempre encendido en llama creadora, puede decirse que el de Jorge Ankerman era una viva, constante, eterna fuente de sublimes melodías cubanas. Y ¡qué intérpretes de ellas! Regino López—también él lo ha llorado como el que más—Pilar Jiménez y Blanquita Vázquez—las de dulce memoria—Consuelo Novoa, Carmita Ruiz, Luz Gil—¡las claves de Luz!—Dulce María Mola, Blanquita Becerra, Hortensia Valerón—¡su dúo de La Casita!—el gentil, criollísimo Adolfo Colombo; el inolvidable Arturo Ramírez, el de la voz de oro...

Alma noble y leal, nunca formó parte de esas solapadas campañas subterráneas tan frecuentes en el complejo mundo de la farándula. Cuando tenía fe en una obra, ponía en ella todos sus empeños; y no le asombró el triunfo de muchas, condenadas de antemano por la malevolencia al más ruidoso de los fracasos: el arte era para él lo único y lo principal. Es asombroso el número de libretos musicalizados por Ankerman. El, el escenógrafo Pepito Gómez y el postalista se reunían en amistoso grupo, para la primera lectura de nuestras obras, en el taller de pintura de Alhambra, teniendo, pintor y músico, especial cuidado en ir anotando en sus bloques respectivos todos los detalles, advertencias e indicaciones del autor, de manera que la obra, puesta en escena, parecía toda ella producto de una sola mano; y así alcanzaron el favor del público: «La Casita Criolla»—

decorado del gran Arias—«El Viaje del Patria», «El Patria en España», «El Encanto de las Damas», «La Danza de los Millones», «La Carretera Central»,—¡aquel precioso bolero de Oriente!—«La Isla de las Cotorras», «La Señorita Maupin», «Los Grandes de Cuba», «Papaito», «El Lobo Segundo», «La Alegría de la Vida» y tantas y tantas otras. Nos llamábamos, mutua y cariñosamente—«Cola»—colaborador...

Poco antes de enfermarse estuvo de visita en nuestra casa del Vedado con motivo de unos datos que le pedimos para referirnos en una de nuestras postales a Don Carlos, su padre, gran amigo de Margarita Pedroso, el Angel de la Caridad, y famoso director de las orquestas de las compañías de ópera que en tiempos inolvidables traía a la Habana el empresario Napoleón Sieni. Jorge nos habló ese día de su vida apacible y feliz, entregado por completo a los encantos de su hogar, que iluminaba con sus virtudes su esposa Marianita Llorens, también de origen artístico, hija de la gran actriz vernácula Elvira Meireles; sus hermanos Guillermo, Enriqueta y Fernanda, y sus cuñados Rafaelito Llorens, Alvarez y Angelita Deupí. Contento con su decoroso pasar atendido a la modesta y suficiente renta que había logrado en sus cuarenta años de incansable brega, nos hablaba de su casita propia en el reparto «Lawton», de sus flores, de sus pájaros, de sus siembras, renunciando ya a la lucha de los escenarios, dándose cuenta de que en los «nidos hogafios no hay pájaros antaño», y de que es virtud de la vejez no entorpecer la marcha de la juventud luchadora. No obstante, nos reservábamos el contento de intervenir en la «cosa pública teatral», si alguna vez se nos ocurría algo que mereciese la pena; y hablábamos, a ese respecto, con el entusiasmo de nuestra antigua colaboración, de nuestra obra sin estrenar «El Calvario del Amor», para la que había trazado ya algunos apuntes: el viejo soldado nunca se rinde; y siempre está atento a acudir en cuanto lo llamen a la pelea...

El, Gustavo Robreño y el postalista formaban un terceto inseparable. Desde los comienzos de nuestra carrera teatral, nos comunicábamos nuestros proyectos: los hermanos Robreño, su «Napoleón»; nosotros, «Regino por la Isla», «La Intervención Cubana», etc. Seguía atento las indicaciones y las ideas del libretista, respetuoso, desde luego, en lo que lo permiten las exigencias de la composición musical, el texto íntegro de la letra de los cantables. Creía, y no estaba equivocado, que el compositor no tiene autoridad para alterar el sentido de un cantable, ni, como se hace con frecuencia, para suprimir un número o colocar otro a gusto del maestro, sin consultarlo, por lo menos, con el autor de la obra. Los artistas lo apreciaban por su paciencia y tolerancia. Era incansable en los ensayos. A pesar de los años, no perdió nunca la ingenuidad de

MONTE  
CENTRAL  
HISTORIADOR  
DE LA HABANA

su carácter, ni la alegría de su espíritu, como cuando en su juventud intentó desempeñar la plaza de «bandaillero», en una encerrona organizada cierta vez por el inolvidable actor «Pirolo», en la desaparecida Plaza Taurina de Regla. En esa producción, copiosa y festinada, de los maestros directores de las empresas vernáculas—los popularísimos y excelentes maestros Gonzalo Roig, Rodrigo Frats, etc., saben bastante de eso—en esa producción festinada, decíamos, Ankerman conservó la frescura de su inspiración, la originalidad de su estilo de fuerte sabor criollo, de donde surgieron «Yumuri», «Criolla», sus lindas claves populares, sus canciones, sus guajiras, que recientemente destacó el culto periodista Félix Soloni—también compañero en aquellas veladas del saloncillo de Alhambra—en su hora de radio «El Clavicordio de la Abuela», última presentación pública de Jorge Ankerman, tocando el piano de la manera delicada y artística que él sabía hacerlo...

De su vida de autor teatral vamos a referir una anécdota que prueba la insinceridad de ciertos modernistas á-outrance, en todos los órdenes. Preparando nuestra pieza de circunstancias «La Revista Loca», que se estrenó en Alhambra el año 1924, se nos ocurrió incluir en uno de sus pasajes, y dentro del espíritu de la obra, un número musical lleno de diáfonancias, frases y melodías enrevueltas sin sentido, ruidos inacordes y extemporáneos de platillazos, bombazos, etc., todo ello, como es consiguiente, con la seriedad y el tamaño preciso de un trozo musical hecho a conciencia. El público, atónito ante aquella extravagancia, guardó silencio—más adelante lo tomaba por lo cómico y se reía—pero al terminarse la representación de la obra, no faltaron espíritus iconoclastas, amantes fanáticos de toda rareza y renovación, vengan de donde vinieren y como vengán, que se acercaron al maestro para aplaudirle y felicitarle calurosamente por haber escogido, como otros genios modernos, la verdadera senda del arte. Y él se sonreía, preguntándonos:

—¿Qué le parece, «Cola»?

A lo que le contestamos:

—Me parece, «Cola», que el mundo es una Revista Loca que va a acabar con todo, y con todos.

Le sobró tiempo para ver que la profecía se iba cumpliendo...

Heredó de su padre el culto de los grandes maestros clásicos Verdi, Donizetti, Meyerbeer, Gounod, Bellini, Rossini, sin desdeñar los modernos que se iban destacando por sus obras León Cavallo, Puccini, Mascagni. Cierta vez nos contaba que organizando una orquesta para tocar Cavallería Rusticana en una villa de México, durante sus dos años de permanencia en aquella República, le preguntó el empresario de la jira cuántos profesores se necesitaban para interpretar la ópera de Mascagni, a lo que él le contestó:

—Es una música tan bella, que con un par de violines, un piano y una flauta, se tiene lo suficiente.

De vela en la casa mortuoria, nos vemos sentado junto al piano de Ankerman, de cuyas cuerdas arrancaron sus manos ágiles, delgadas, las cadenciosas notas de sus danzones, de sus guajiras, de sus claves, de sus lánguidas canciones criollas, de sus números de operetas que tenían un cierto hábito de lied germánico, un rastro espiritual de la sangre vinuesa de sus antecesores: nos parecía, cuando algún muelle rozaba ligeramente la sonora caja, que brotaba de sus cuerdas un sordo lamento de dolor por la ausencia de aquel artista que supo hacerla intérprete de sus creaciones; y también, por correlación de ideas, se despertaba en nuestra memoria el recuerdo de aquellas tardes en que, terminados los ensayos, el llorado maestro nos hacía escuchar en el piano del teatro trozos de los números que iba componiendo para algunas de nuestras obras. De hoy en lo adelante, permanecerá mudo el piano del artista.

Del salón en el angulo oscuro,  
de su dueño tal vez olvidada,  
silenciosa y cubierta de polvo,  
veíase el arpa.

De su época de contrabajo en las orquestas de ópera que dirigía su padre en las grandes temporadas de Tacón y Payret, adquirió Ankerman aquella erudición musical de que hacía gala entre sus amigos y en las animadas conversaciones del Saloncillo de Alhambra. Tenía especial habilidad, también por eso, en combinar esos poutpourrits de temas de óperas, que un tiempo se acostumbraba a incluir en las obras, y que se llamaban «ensaladilla», siendo una de las más conocidas y mejor combinadas, la que incluyó en el libreto de la revista de los hermanos Robreño y el postalista «El año Viejo en la Corte», en la que se destacaba el inolvidable tenorino Arturo Ramírez cantando varios compases de la serenata a Colombina de «Los Payasos». Al popular salinetero Agustín Rodríguez le gustaba mucho utilizar ese recurso en sus obras.

Desde niño Jorge formaba parte tocando también el bajo en los sextetos que organizaba y dirigía su padre para las funciones religiosas en las iglesias de la Merced, Monserrate, la Catedral, San Francisco y otras. De los P. P. Franciscanos contaba detalles demostrativos de la alta cultura y buen humor de éstos; de sus conocimientos musicales y artísticos; de su regalado epicureísmo; de la delicada manera que tenían para tomar la sopa en las llamadas «tazas bolas», con sólo dos amplios y rápidos sorbos; del gran afecto que aquellos sacerdotes experimentaban por su padre, por él y sus hermanos Guillermo, Fernando, Julia, Carmen, Margarita, etc. Jorge tenía arraigados sentimientos religiosos. Llevaba al cuello una medalla de la Virgen del Carmen. De aquella época y de aquellas actividades artísticas de su adolescencia, conservaba Jorge Ankerman—que era un espíritu tradicionalista—dos recuerdos en la sala de su linda y confortable casita.

de Lawton: dos contrabajos, uno, el que de niño, hasta los diez y ocho, veinte años, tocaba, ora en los orquestas de ópera de Tacón y Payret; ya en las citadas funciones religiosas al lado de su padre; y el otro, el que perteneció a su hermano Fernando, también profesor en ese instrumento y componente de la orquesta de Alhambra y otros teatros durante muchos años, y organizador y director de varios quintetos de los que actuaban en los principales cabarets habaneros de aquel entonces: ambos instrumentos los conservaba perfectamente dentro de sus fundas de limpia y brillante tela de Rusia. ¡Qué grata compañía la de estas nimiedades, en el fragoroso camino de la existencia!...

Jorge fué siempre un hombre saludable. Delgado, esbelto, sobrio, no era propenso a indisposiciones ni padecimientos de importancia, así que no le concedimos valor apreciable a la primera noticia que tuvimos de su enfermedad, que estimamos un malestar pasajero. Pero la naturaleza tiene sus represalias. Precisamente esos temperamentos sólidos e inexpugnables son los que se rinden a la primera acometida de una dolencia. Empezaron a sucederse las complicaciones, y a agravarse su estado de semana en semana, hasta que el lunes tres de Febrero, a la una de la tarde—después de tres meses de sufrimientos soportados con edificante resignación cristiana—le llegó su hora. Expiró, nos cuentan los que en su última hora rodeaban su lecho, dirigiendo una orquesta imaginaria, una orquesta que ejecutaba su música fina, espiritual, cubanísima: la del dúo de «La Casita Criolla»; la del «Quitrín», de «Los Grandes de Cuba»; la del «Meringuito de «Napoleón»...

Adios, y hasta que el Supremo Ser nos reuna de nuevo, amigo leal; compañero que tantas veces—infinitas—te presentaste con nosotros ante el público, a recoger sus aplausos y sus bravos. En nuestro in-pase artístico, es como si también hubiésemos muerto...

*Diez Feb 23/41*